

José Escofet  
LA SUERTE DE BLASCO IBÁÑEZ  
(*La Vanguardia*, 18-10-1924)

Blasco Ibáñez, el más famoso de los novelistas españoles modernos, está de moda en París. Está de moda si novelista, pero esto no quiere decir que se lean ahora, en Francia, sus novelas más que de costumbre. Suena mucho en los periódicos y en los círculos literarios el nombre del autor de *La barraca*, porque ha sido este, recientemente, el panegirista de Zola, en el peregrinaje a Médan, y porque los Amigos de las Letras francesas organizan un banquete en honor de Blasco Ibáñez que ha de presidir nada menos que el señor Herriot.

Es curioso lo que está aconteciendo con la gloria, pregonada a los cuatro vientos, del insigne escritor valenciano. Mientras en el extranjero se exaltan sus méritos efusivamente y se le tributan honores sin medida, aquí parece que envolvamos su nombre en algodones, para amortiguar toda resonancia. Tal vez suceda en España lo contrario que en Francia, esto es: que aquí sean ahora sus libros más leídos que nunca, al propio tiempo que se silencia el nombre con cierta fruición. Para nuestros literatos y nuestros críticos, Blasco Ibáñez no existe. Diríase que han pronunciado aquel terrible *¡Fuera de la literatura!* que dirigió Anatole France contra George Ohnet.

No estamos tan sobrados de buenos escritores, y menos todavía abundan en España los novelistas de fama mundial, para mirar con indiferencia a un hombre de letras español a quien ofrenda el mundo su admiración sincera. De Blasco Ibáñez ha dicho Gómez de Saquero, quebrantando la consigna del silencio, cosas que están muy en su punto: «Tiene un enérgico temperamento de creador, una robusta naturaleza artística algo plebeya; no es un delicado ni un exquisito, pero posee como pocos el arte del colorido y de la composición. Es pintor de grandes lienzos murales; sabe mover multitudes en sus novelas. Ahora bien: en este estilo, unas veces se pintan cuadros de historia y otras se pintan telones de teatro. Mas el hombre que ha escrito *La barraca* y *Cañas y barro*, es un artista y un maestro de la novela».

Quizás ha molestado a nuestros exquisitos que destacara de entre todos los escritores españoles precisamente un maestro del brochazo, un colorista, que fue, en su juventud, secretario del rey de la novela por entregas y que sabe ahora, ya novelista famoso, servirse del *bluff* para multiplicar las ediciones de sus libros. «Hay otra

literatura española», han dicho los exquisitos, a quienes por fuerza había de parecer «dégoutante» la faramalla de esas novelas de la guerra que han hecho ganar a Blasco Ibáñez cerca de un millón de dólares. Pero el autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, escribiendo para el gran público y esforzándose por llegar a ser uno de los escritores más leídos del mundo, presta indirectamente un servicio inapreciable a los mismos que le regatean su aplauso: acaso serán estos solicitados mañana por editores extranjeros, gracias a la curiosidad que despertara Blasco Ibáñez por el libro español. Han trabajado con igual eficacia en la difusión de la literatura francesa, Gustavo Flaubert y Alejandro Dumas, y es lamentable que no podamos decir lo mismo todavía de Azorín con relación a Blasco Ibáñez. Pero hay que dejar ahora al tiempo que trabaje.

Los pecados literarios de nuestro célebre compatriota no son de tal magnitud que hagan por completo desagradable su trato. Un gusto más depurado y más exigente que el de Anatole France, no lo tiene ninguno de nuestros literatos puros, y, sin embargo, Anatole France era muy amigo de Blasco Ibáñez. Este visitaba con frecuencia al inmortal creador de *M. Bergeret* y juntos almorzaron muchas veces, en compañía de los editores Calmann-Lévy, según cuenta el biógrafo de Blasco, Camilo Pitollet.

Es muy posible que Anatole France no hubiese leído jamás ni una sola novela de Blasco Ibáñez; pero sin duda le seducía el hombre que sabe alucinar a las multitudes con su verbo cálido; el trabajador infatigable y aventurero; el meridional pintoresco, pero de imaginación desbordante y arrebatadora. «Yo presencié su entrada triunfal en Buenos Aires —decía el autor de *La isla de los pingüinos*— y oí el maravilloso discurso que lanzó a la multitud desde un balcón. No sé español, pero lo comprendí perfectamente.»

Debería complacernos que Blasco Ibáñez triunfara en el extranjero como un valor nuestro genuino; pero nos sucede todo lo contrario. El escritor valenciano nos desagrada bastante porque nos parece un industrial de la novela y acentúa nuestro disgusto su acusada calidad de español, que le teatraliza, haciéndole extraordinariamente inquieto y espectacular. Queremos que el mundo nos estime por nuestro cosmopolitismo de imitación, y el mundo, cansado de imitaciones anodinas, no se interesa sino por lo original y pintoresco. Yo creo que si Blasco Ibáñez, en vez de haber vivido una vida aventurera y novelesca y de escribir sus libros y sus cuentos a vuela pluma, se hubiese encerrado en su torre de marfil, para recrearse en la taracea de un estilo, a estas horas no sería conocido su nombre dos pasos más allá de la frontera. El destino quiere que España no pueda imponer al mundo lector nada más que escritores

como Blasco Ibáñez, mientras Francia los da de toda clase, incluso como Proust, y los impone todos.

La fortuna extraordinaria del llamado *Zola español* no es un capricho de la suerte, como pretenden algunos, sino producto del esfuerzo, una victoria de la voluntad. Dudaba el novelista de que viniera el éxito a buscarle en su rincón de Valencia, y salió él a buscar el éxito. Para un escritor, como para todo hombre de ambición y talento, es una desventaja haber nacido en España, un país inmóvil, todo rutina y marasmo, que refleja lo que tiene a su alrededor, como el agua de una charca; pero sin inquietarse, sin salir un momento de su posición yacente. Blasco Ibáñez se esforzó en vano por escalar una altura en su patria. Había escrito ya sus mejores obras, que no le daban para vivir, y él se consideraba con fuerzas suficientes para ganar una fortuna y algo más.

Desde el descubrimiento del Nuevo Mundo a nuestros días el español trasplantado, arrancado de la charca soporífera, dio de sí casi siempre un rendimiento imprevisto y admirable. Como aquellos españoles de hierro del siglo XVI, Blasco Ibáñez se aficionó a la aventura, anduvo rodando por el mundo, realizó negocios fantásticos y corrió peligros terribles en los páramos helados de la Patagonia y en las selvas ardientes del Trópico. Sucesivamente fue empleando sus energías en empresas de colonización y de finanzas, ganando y perdiendo centenares de miles de duros. Más tarde, buscando el éxito por caminos todavía más difíciles, como son los del periódico y el libro, recorrió toda la América del Sur primero y la del Norte después, batiendo el record de los conferenciantes y periodistas viajeros. Quien ha dado fama mundial a Blasco Ibáñez es el público de los Estados Unidos, antes seducido por las hazañas del andarín infatigable que por los aciertos literarios del escritor. Pero este había ganado el renombre con un esfuerzo que pocos hombres son capaces de realizar, y antes de cobrar sus artículos periodísticos a mil dólares cada uno, hubo de recorrer todos los Estados de la Unión para reclutar lectores. Estas cosas tienen en Norteamérica un valor considerable, acaso más considerable que el valor literario puro.

Pues bien: podemos felicitarnos de que sea un compatriota el vencedor en esas batallas, que, al fin y al cabo, son éxitos de la pluma, más nobles que los de Jack Dempsey, logrados con los puños.

Blasco Ibáñez, dígame lo que se quiera, merece nuestra estimación por dos méritos indiscutibles: el de sus novelas valencianas y el de haber triunfado en el mundo como hombre de acción. Lo primero es un honor para las letras patrias; lo segundo

descubre a nuestros literatos un horizonte de posibilidades y puede ser un estímulo provechoso.